

ANÁLISIS

La economía “APOLÍTICA”

Centroamérica, y con ella El Salvador, se encuentra en el centro de un estira y afloja político y comercial entre dos de los gigantes norteamericanos: Estados Unidos y México. Los proyectos que ofrecen son diferentes, y nuestro país puede optar por ambas posibilidades sin las posiciones excluyentes que tiende a tomar en ocasiones.



RAFAEL MENJÍVAR OCHOA

Hay cosas de las que, por delicadeza o táctica, los gobiernos no hablan públicamente, pero que resultan obvias a la luz de los hechos. Una de ellas fue un acuerdo jamás explícito cuando se firmó el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), en 1993: Estados Unidos entraría casi de lleno en el vasto y codiciable mercado mexicano pero, a cambio, le dejaría el camino franco a México para reencanzar sus capitales hacia otros países, en particular la región centroamericana.

Desde 1994, cuando entró en vigencia el TLCAN, se sintió la oleada de capitales mexicanos en el área. Guatemala y Costa Rica han sido los principales receptores de las inversiones; el resto de países, aunque no quedaron al margen, han fungido en especial como consumidores. El TLC con la región consolidó el hecho. Algunos países asiáticos también sentaron sus reales en el área.

Pero la recesión que enfrenta Estados Unidos ha llevado a un replanteamiento de sus estrategias hacia Centroamérica y a buscar de nuevo una presencia económica predominante en la región. Y México, que también enfrenta su propia crisis y cambios políticos radicales, trata de fortalecerse en el área y convertirla en un factor clave para su propio desarrollo.

RIQUEZA AJENA

Los proyectos de ambos países en Centroamérica son harto diferentes y tienen implicaciones importantes de analizar. Lo que se encuentra en juego es el desarrollo económico de la región y su recuperación después de los

conflictos sociales que afectaron a todos los países en diferentes grados y de diferentes formas.

El “reacercamiento” de Estados Unidos no sería muy diferente del que nuestro continente ha enfrentado desde el siglo XIX: mano de obra barata, mercado de consumo, producción de materias primas y un énfasis limitado en el desarrollo de los países involucrados. Un ejemplo de un tipo de inversión que Estados Unidos busca es la apertura en Costa Rica de una planta de microprocesadores de Intel Corporation. Nuestro vecino declaró con bombo y platillo que ello lo pondría en un lugar especial, y que las consecuencias en su economía serían apreciables en el corto plazo. Pronto quedó claro que se trata de una maquila de alto nivel tecnológico, pero maquila al fin y, como cualquiera de ellas, es una solución limitada y provisional: en cualquier momento Intel puede abandonar el país y sus beneficios se esfumarían, como ya ha ocurrido con maquiladoras asiáticas.

Intel ha generado algunos cientos de empleos directos y un par de miles indirectos; con las facilidades fiscales que se le otorgan a la empresa, el ingreso a las arcas de la nación es desproporcionadamente bajo en relación con las ganancias de la transnacional; la venta de los productos se realiza fuera del mercado nacional, y los réditos ni siquiera pasan por el sistema monetario tico. Es, en fin, un tipo de inversión que genera empleos, pero no incide directamente en la creación de riqueza y recursos propios.

La adquisición de industrias nacionales puede tener un impacto un poco mayor, pero aun así los capitales se reinvierten sólo parcialmente, y la generación de riqueza para el país es sólo relativa. Buena parte de la inversión mexicana ha sido de este tipo: compra de empresas, instalación de

subsidiarias, ocupación de mercados locales de consumo y desnacionalización de capitales. No obstante, la nueva iniciativa mexicana, el Plan Puebla Panamá, que el presidente Fox vino a promover al país, plantea una alternativa interesante al tipo de penetración económica que tradicionalmente ha existido en Centroamérica.

MERCADO Y DESARROLLO

Más de la mitad del documento oficial del Plan Puebla Panamá está dedicado al análisis de la situación en el sureste mexicano, conformado por Chiapas, Quintana Roo, Campeche, Yucatán, Tabasco, Veracruz, Guerrero, Oaxaca y Puebla, con un área equivalente a la de Centroamérica y una población ligeramente menor.

El documento plantea una paradoja: a pesar de que el sureste proporciona recursos naturales (más de la mitad del petróleo extraído y reservas) y una producción agrícola poderosa, muestra el índice más bajo de desarrollo económico, político y humano del país: un alto analfabetismo, serias deficiencias en educación y salud, un ingreso per capita mucho más bajo que la media nacional, etcétera. No es casual que en tres de esos estados (Chiapas, Guerrero y Oaxaca) existan movimientos armados ni que presenten una de las tasas más altas de emigración.

El análisis indica que las otras áreas del país cuentan con un facilidades para su desarrollo económico. El norte, con un comercio activo y permanente con Estados Unidos, una industria creciente y un amplio corredor maquilero; en el centro, el Distrito Federal con casi la cuarta parte de la población del país se beneficia de muchas inversiones internas y externas. Pero, aunque el norte y el centro hacen uso de la riqueza del sureste, no “devuelven” adecuadamente lo que

Estados Unidos genera empleos, pero no crea riqueza para los países en los que se implanta; México liga su propio desarrollo al de la región centroamericana

ANÁLISIS



reciben, y la baja industrialización en esa zona impide la generación de riquezas propias o su dinamización local. El desarrollo del sureste mexicano, pues, puede equipararse con el de Centroamérica, aunque sus recursos (puertos, petróleo, centros turísticos, minas, generación de energía) sean mucho mayores.

La solución de Fox es sencilla, pero audaz: el desarrollo conjunto del sureste mexicano y Centroamérica, en el entendido de que una región centroamericana fuerte ayudará a una solución "natural" de problemas económicos, sociales, políticos y humanos en México. Además, aunque de manera general hay un gran rezago en la zona, existe una industria fuerte en algunos estados, como Yucatán, que por razones de distancia (el Distrito Federal está tan lejano como Managua) no tiene incidencia en la economía nacional, y podría expandirse hacia Centroamérica.

Junto con la penetración económica mexicana que garantiza el TLC, el Plan Puebla Panamá buscaría la generación de un mercado más fuerte a través del desarrollo centroamericano y un modo de intercambio que permita, a su vez, el desarrollo del sureste de México. Aunque en primer orden el plan responde a necesidades internas de México, como es la lógica de cualquier país dominante, incluiría la generación de recursos y riquezas propios para los países de la región.

¿SERÁ MELÓN, SERÁ SANDÍA?

Varias medidas del gobierno de Francisco Flores muestran la tendencia a alejarse de la influencia mexicana y entrar nuevamente de lleno bajo la égida de Estados Unidos. La dolarización de la economía salvadoreña es una señal clara, así como la búsqueda de un tratado de libre comercio con Washington y el hecho de

haberse convertido en una figura clave en Centroamérica para la promoción de la política de George W. Bush.

La visita de Fox a El Salvador, la segunda en unos cuantos meses, es significativa en ese sentido: tiende a convencer de que el Plan Puebla Panamá es una opción que Centroamérica debe tomar en cuenta. Y debe tomarse en cuenta, aunque no de manera excluyente. Las circunstancias de El Salvador, y de Centroamérica en general, permiten jugar con todas las opciones posibles, si lo que importa es el desarrollo.

Un acuerdo de libre comercio con Estados Unidos no es incompatible con el firmado con México ni con el programa de desarrollo conjunto que propone, como no lo son los tratos con países asiáticos y Europa, así como un plan de integración económica con el resto del área. Un enfoque político llevaría al mismo error que ni Estados Unidos ni México, y de hecho muy pocos en el mundo, se atreven a cometer: excluir a China como socio comercial debido al reconocimiento exclusivo de Taiwán, cuando es posible sacar partido de ambas opciones. Hay lujos que un país en desarrollo no puede darse si lo que busca es, precisamente, su desarrollo.

INTEGRACIÓN O INTEGRACIÓN

Por política, historia o simple costumbre, Centroamérica sólo se ha considerado formada por cinco países. Pero Belice y Panamá pueden ser socios fundamentales.

La participación de Belice y Panamá en Centroamérica es reciente y marginal: colonia británica hasta hace 20 años la primera, parte de Colombia hasta principios de siglo y luego virtual colonia estadounidense la segunda, no han compartido la historia de sus vecinos, los intentos de integración económica y política ni, por supuesto, sus constantes pugnas y rupturas.

Los reclamos de Guatemala sobre territorio beliceño y la solidaridad del área con esta posición han sido barreras insalvables, y Belice mantiene lazos más fuertes con México, el Caribe y el Commonwealth. Panamá siempre tuvo a Estados Unidos como presencia omnimoda, y la llegada del torrijismo, en los sesenta, con ideas enfrentadas a las de quienes gobernaban en la región, no contribuyó al acercamiento.

El Plan Puebla Panamá plantea la necesidad de una integración regional, pero también es una plataforma para lograrla. Para la región puede ser vital lo que Belice y Panamá ofrecen: el primero, recursos naturales y una puerta de entrada al Caribe y al Commonwealth; el segundo, una industria desarrollada, el Canal y una plataforma comercial como pocas en el mundo. Aun sin México como socio, la apertura de una relación estable sería más que conveniente.

Pero la integración regional no ha sido cosa de conveniencia económica, sino de intereses políticos, y éstos no siempre son compatibles con el desarrollo. Quizá la herramienta que ofrece México sea un modo de llegar a un punto que se ha buscado desde la independencia de España, y que ha tendido siempre al fracaso.